

V. LAS CAUSALES DE LA TRAICION.

Al hacer el estudio, en mis «Rectificaciones» al Libro del actual Ministro de la Guerra, de la traición de Maximiliano á sus compañeros de armas, me limité á señalar la desesperada situación militar de los sitiados y la característica deslealtad del Archiduque, sin detenerme á comprobar detenidamente la verdad de esas dos aseveraciones, por considerarlo inútil tratándose del público lector de libros—parte selecta del público lector de periódicos—cuya superior ilustración le había hecho ya conocedor de la verdad de esas dos afirmaciones mías; pero, ahora, siendo el caso distinto, debo detenerme á explicar las causales de la traición del Archiduque: la desesperada situación militar, la personalidad moral de Maximiliano y su convicción, firme aunque errónea, de su absoluta impunidad.

Por el enlace de Maximiliano de Austria con María de Borgoña, era el titulado Emperador de México descendiente del famoso Carlos el Temerario. Y ya que está hoy tan en voga la teoría del atavismo, conviene recordar una gran felonía del príncipe borgoñón.

El duque de Borgoña, feudatario nominal del Rey de Francia, aunque no ciñese real corona, era el soberano

más fastuoso, más rico, más guerrero y más poderoso de su tiempo. Su ambición tendía á reconstituir bajo su férrea mano, el imperio de Carlomagno, y se apoyaba en un valor excepcional que le valió justamente el sobrenombre de «el Temerario.» Pues ese príncipe de valor tan excelso, traicionando al seguro que había otorgado bajo su firma, al Condestable de Saint-Pol, lo entregó maniatado á la venganza de Luis Onceno.

Cuando más tarde supo admirada la Europa el terrible desastre de Morat, no pudo en su ignorancia percibir las dos grandes causas de la victoria de los suizos: la fuerza moral del patriotismo y la fuerza material de la infantería. Y para explicar aquel inconcebible desastre, tuvo que recurrir la Europa supersticiosa de aquel entonces, á una intervención sobre natural: á la Justicia de Dios, castigando la felonía de Carlos de Borgoña!

Yo entrego al estudio de los psicólogos este probable curioso caso de heredismo, realizado en Maximiliano de Hapsburgo á distancia de cuatro siglos. No lo presentaré entre los prolegómenos de la traición del Archiduque, sino que, únicamente dejaré marcado, con esta reminiscencia histórica, que no es el valor, como vulgarmente se cree, compañero inseparable de la lealtad.

LA CUESTIÓN MILITAR.

Ha sido particular empeño de los recalcitrantes intervencionistas mejicanos, pregonar en todos los tonos que, sin la entrega de la Cruz por López, el ejército sitiado en Querétaro habría alcanzado, ó por lo menos podido alcanzar, un triunfo sobre las tropas nacionales si se hubiera realizado la salida propuesta por los tenientes de Maximiliano. Y unos, por ignorancia, y otros, por malicia, repiten de continuo tan absurda aseveración. Es cierto que, en la exposición á su Soberano, los generales que la fir-

maron, al declarar que la defensa de la plaza había llegado á ser imposible, proponían librar una batalla general, cuyo resultado si era feliz, salvaría por completo la situación; pero esto, como veremos después, no era siquiera una ilusión de los mencionados jefes, sino una frase destinada á paliar, en un documento oficial, la confesión de su impotencia.

Refiriéndome al sitio de Querétaro, dije ya en otra ocasión: «El General Escobedo tenía que subordinar á esos elementos heterogéneos—los que formaban el ejército sitiador—su plan de operaciones; tenía que formar su línea de circunvalación con tropas de escasa resistencia, línea que presentaría numerosos puntos vulnerables, que la pericia de Miramón descubriría con presteza y por los cuales su arrojo temerario rompería el cerco, tras una fácil y rápida victoria. Era necesario, en consecuencia,—y este fué el pensamiento estratégico fundamental del sitio,—debilitar aún más la línea de circunvalación para poder formar una fuerte reserva, siempre lista, siempre apercebida á la marcha y al combate y cuya perfecta organización fuese garantía sobrada de victoria. Esa reserva fué constituida con los mejores cuerpos del Ejército del Norte y se llamó la Sección del Cuartel General. Tuvo por misión, y siempre la llenó cumplidamente, dirigirse al punto en peligro, restablecer la suerte de combate y trocar en victoria las derrotas. De modo que la estrategia del General Escobedo *había previsto, que todas las salidas de Miramón empezarían por una victoria de los sitiados y acabarían por una victoria de los sitiadores.* ¡Así pasó en efecto! Que tal es en síntesis, señores, la historia del sitio de Querétaro.»

Las salidas impetuosas de Miramón, sus rápidos triunfos primordiales, tan brillantes como fugaces, han sido calificados de inútiles por el ex-General Leonardo Márquez; y si se atiende á que siempre dieron lugar á subsecuentes

triunfos de Escobedo, deben ser considerados como perjudiciales á la causa de los sitiados.

«Por otra parte,—dice el Lugar Teniente del Imperio—como Arellano pretende en este pasaje que, si se hubiera dado ese ataque—el frustrado el 17 de Marzo—se habría derrotado fácilmente al enemigo, tengo la necesidad de advertir que *no hubiera sucedido así*, ya porque el cerro de San Gregorio es el más bajo de toda la cordillera que ocupaban los sitiadores, los cuales habrían hecho descender fuerzas que bajarán dominando á las nuestras; y porque aun cuando así no hubiera sucedido, no por eso se habría alcanzado otro resultado que destruir á los que ocupaban el mencionado cerro, *el cual hubiera sido ocupado de nuevo* por los contrarios á la retirada de Miramón.

«Dos ejemplos—sigue diciendo—tenemos de esta verdad: el primero, cuando dicho general ejecutó su salida sobre la garita de Celaya, *que tuvo que desocupar luego, sin alcanzar resultado alguno ventajoso para la plaza;* y el segundo, en la que verificó sobre el Cimatario el 27 de Abril, en que no obstante haber derrotado á 10,000 hombres y tomádoles 20 piezas de artillería y un crecido número de prisioneros, volvió á entrar en la plaza: el enemigo volvió á ocupar el Cimatario; y *las cosas quedaron en el mismo estado de antes, sin haberse obtenido MAS QUE UN NUEVO DESENGAÑO* de que esos ataques parciales *no dan jamás otro resultado que el de sacrificar gente sin fruto alguno.* Que éste hubiera sido el éxito final del ataque de San Gregorio, lo están probando los dos hechos anteriores. Que toda combinación en la guerra, por buena que sea, se inutiliza luego que el enemigo la comprende, y que por lo mismo no era posible realizar la de Miramón el 17 de Marzo, habiendo aclarado el día sin que sus tropas estuvieran convenientemente situadas, *lo sabe cualquiera que sea militar.* Y que *Escobedo tenía siempre, en su Cuartel General, columnas de reserva listas para ocurrir adonde se necesitara, lo vió Arellano en el Cimatario.*

Recuérdese—dice todavía más adelante—que en la otra salida que hizo Miramón sobre el cerrro del Cimatarío, á pesar de haber sido tan feliz porque derrotó á 10,000 hombres, tomó 20 piezas de artillería é hizo 500 prisioneros; sin embargo, *no dió resultado alguno favorable al sitio, porque el sitiador volvió á ocupar el Cimatarío en el acto mismo*, y Miramón tuvo que volverse á meter en la plaza, después de *haber sacrificado inútilmente á muchos valientes que no podía reemplazar*. (1)

El ex-General Márquez repite la exagerada cifra dada por los imperiales á las tropas derrotadas por Miramón en el Cimatarío, á las primeras horas del 27 de Abril, y calla, intencionalmente, que las reservas de Escobedo derrotaron ese mismo día, unas cuantas horas después, al General victorioso en la madrugada. Y digo que lo calla intencionalmente y no por ignorancia de aquel suceso, porque Arellano, en el libro que dió origen á la refutación de la que he copiado los párrafos anteriores, dice terminantemente que él, es decir, el Comandante General de Artillería del ejército sitiado, tuvo personalmente que ametrallar el 27 de Abril á los últimos pelotones de sus propias tropas para evitar que, confundidos con ellos entrasen á la plaza las fuerzas que los perseguían. Esta natural parcialidad de Márquez da más fuerza á su apreciación de que eran inútiles las brillantes salidas de Miramón.

He dicho que las mencionadas salidas, ejecutadas con el brío de la *furia francesa*, característico en Miramón, fueron no sólo inútiles sino perjudiciales á los sitiados y paso á comprobarlo. Desde luego, y ya lo ha hecho notar también el ex-General Márquez, aun cuando las pérdidas causadas á los sitiadores fuesen mayores que las sufridas por los sitiados, como los primero podían reponerlas con facilidad, y como los segundo no podían reponerlas en

(1) "Refutación hecha por el General Leonardo Márquez al libelo del General de Brigada Ramirez de Arellano," págs. 77 y 117.

modo alguno, resulta que los sitiadores conservaban su fuerza, mientras que los sitiados se debilitaban paulatina é incesantemente, y que, por tanto, cuando al final del sitio pretendiesen hacer un esfuerzo supremo, carecerían del vigor y de la fuerza *indispensables* para llevarlo á cabo.

La única y grande ventaja que debían haber producido las brillantes salidas de Miramón, si el bravo general, después de sus triunfos primordiales, se hubiese replegado inmediatamente á sus posiciones, habría sido la de levantar la moral del soldado; pero esta ventaja, muy grande en verdad, la esterilizó siempre Miramón engolosinándose con sus triunfos, permaneciendo en el teatro del combate y dando lugar á que las reservas de Escobedo acudiesen y trocasen en derrota de Miramón su primordial victoria. De modo que las brillantes salidas del bravo general habían dado á sus tropas una desconsoladora enseñanza: la de que, aunque el sitio pudiera ser roto fácilmente; en seguida, cuando faltase á las tropas la protección de las baterías de la plaza y el refugio de sus parapetos, serían alcanzadas, batidas, deshechas y acuchilladas por las reservas de Escobedo. De esta manera, las salidas de Miramón abatieron también la moral de sus tropas.

Esta doble verdad de que al finalizar el sitio, el ejército imperialista carecía de vigor físico y moral, ha sido confesada por los Generales Miramón, Mejía, Castillo, Méndez y Arellano en estas palabras de su exposición al archiduque:

« . . . Ha llegado el momento de poner término á una defensa que *es ya materialmente imposible*; toda vez que el ejército y el pueblo son *presas de la plaga del hambre*, que dentro de breves días se hará sentir con todos sus horrores, *matando de un solo golpe la moral del soldado rebajada por la miseria, por la desnudez, por los rigores de la estación de aguas* que se han anticipado extraordinaria-

mente, y POR LAS PENALIDADES DE TODO GÉNERO en que ha vivido desde el 6 de Marzo último» (1)

Con un ejército extenuado, hambriento y desmoralizado, no podían presumir Miramón y sus compañeros, que obtendrían un triunfo en una batalla general. No podían siquiera tener la ilusión de que así aconteciese. Y su proposición de dar una gran batalla general era sencillamente encubridora de un *¡sálvese el que pueda!*

EL PROYECTO DE LOS GENERALES.

Desde el momento en que los principales generales de Maximiliano reconocieron que la defensa de la plaza era ya imposible, se imponía el deber de buscar una solución que desenlazase aquella desesperada situación militar.

El General González Ortega había dado en Puebla la noble enseñanza de cómo se rinde una plaza, atendiendo tan sólo á salvar el honor, sin capitular, sin pedir al enemigo garantías de ninguna especie y sin que éste pudiera presentar como ornamentos de su victoria, un solo fusil un solo cañón, una sola bandera.

Convengo en que esta solución, la más honrosa sin duda alguna, no podía ser aceptada por los defensores de Querétaro. El General González Ortega y sus oficiales, con su espartana determinación, se expusieron á toda clase de peligros: el Ministro Saligny opinaba porque fuesen deportados á la Martinica los prisioneros de Puebla; Márquez insinuaba que debían ser fusilados, (2) y el General Forey resolvió enviarlos como cautivos á Francia. Pero los generales imperialistas, conocedores de la ley de 25 de Enero de 1862, sabían que entregarse sin condiciones era poner su cuello bajo la cuchilla de la justicia nacional, y tenían que considerar inadmisibles semejante solución.

(1) «Reseña Histórica del Ejército del Norte», págs. 222.

(2) El Gral. du Barail en «Mes Souvenirs», ha dado á conocer esta cruel pretensión de Márquez.

Pretender la garantía de la vida por medio de una capitulación, habría sido, en condiciones normales, una solución satisfactoria; pero la seguridad de que Escobedo exigiría una rendición incondicional, negándose á conceder garantía ninguna, hacía inútil la pretensión de capitular, á la vez que peligrosa, pues pondría en guardia á los sitiadores, á quienes convenía adormecer.

No quedaba, por tanto, á los generales imperialistas más solución factible, que la de buscar en una salida imprevista para los sitiadores, no la salvación del ejército, sino su propia salvación personal. Esta fué, naturalmente, la solución presentada á Maximiliano por sus tenientes. He aquí sus palabras:

«A la altura en que se encuentra la cuestión militar que debatimos, los que subscriben propondrían á V. M. desenlazarla, *pactando una capitulación con el sitiador*, término legal y honroso para casos semejantes, establecido por la humanidad y sancionado por el derecho de gentes en todos los pueblos civilizados. Mas esto no es posible cuando se lucha con un enemigo salvaje, sin fé y sin honor, que tiene por principio violar las capitulaciones que celebra, como sucedió en Puebla, Guadalajara y Colima; que asesina en las tinieblas de la noche sus prisioneros, sin respetar sus heridas, y que levanta sangrientas hecatombes con los vencidos, como la de Tepetates. (1)

«En tan dura extremidad, los que subscriben creen cumplir un deber de conciencia y de soldados, diciendo á

(1) Los hechos han desmentido ya las calumnias amontonadas por los generales imperialistas signatarios de la citada «Exposición.» A pesar de haber quedado todo el ejército sitiado á merced del vencedor, únicamente fueron fusilados Maximiliano y sus tres principales generales, y perdonados todos los demás, á pesar de que se hallaban también comprendidos en la Ley de 25 de Enero de 1862. El escarmiento de Tepetates fué necesario para evitar que los soldados franceses—que aún se hallaban en el país—desertasen de su bandera y fuesen á engrosar, como filibusteros, las filas imperialistas. Además el Mariscal Bazaine, solemnemente, por medio de una «Orden del día», había anunciado que los soldados que pasasen de su ejército al de Maximiliano, perderían por este simple hecho su nacionalidad. Su alistamiento bajo los pendones del Archiduque no les daba la nacionalidad mejicana. Su condición de filibusteros, era incuestionable, y éstos no gozan de la protección del Derecho de Gentes.

1020002770